

## VIII

## LA LUJURIA DE SANGRE

Así que bajamos de la galería de los Oficios, fuimos detenidos por una afluencia grande de gente que, precipitándose en el salón de las causas criminales, situada en el primer piso del edificio, refluía hasta la escalera, obstruía el paso, empujándose, oprimiéndose, tropezándose, con objeto de coger sitio en el recinto público. Había allí un gran rumor, cosa estraña entre el tranquilo silencioso pueblo florentino, y todo aquel rumor lo ocasionaba un solo nombre repetido por tres mil bocas: ¡Antonio Ciolli! ¡Antonio Ciolli! ¡Antonio Ciolli!

Intenté hacer algunas preguntas, pero aquellos á

quienes me dirigía estaban demasiado preocupados en encontrar un sitio en la sala para emplear el tiempo en contestarme: por otra parte, como no quería yo ser despachurado en medio de aquella espantosa presión, iba á retirarme sin saber de qué se trataba, cuando descubrí á uno de los abogados mas célebres de Florencia, uno de los hombres mas instruidos y de mas imaginación de la Italia, el señor Vincenzo Salvagnoli. Le hice un signo de disgusto que él comprendió, y al que contestó con otro signo que quería decir: Venid conmigo. Me apresuré á seguir su consejo, y nos reunimos en un ángulo de la meseta de la escalera.

— ¿Qué es esto? le dije, ¿qué pasa? hay motin en Florencia?

— ¿Cómo! ¿no sabeis? me dijo.

— ¿Qué?

— La causa que se va á pleitear.

— No.

— ¿No ois un hombre que todo el mundo repite.

— Si, el de Antonio Ciolli; ¡y bien! ¿qué mas? ¿quién es ese hombre?

— Ese hombre es el gefe de la sociedad de la Sangre; es el capitán de los asesinos de Liorna, á quien se ha cogido *flagrante delito* con cuatro de sus cómplices.

— ¿De verdad? ¿Y podré yo ver juzgar á ese hombre?

— Venid conmigo; tengo mis privilegios como abogado: os entraré por una puerta lateral, y os colocaré en los sitios reservados.

— Mil gracias.

En efecto, lo que el señor Salvagnoli me acababa de decir habia escitado grandemente mi curiosidad: hacia mas de un año que se contaban espantosos asesinatos cometidos en las calles de Liorna, de esos asesinatos sin causa alguna, de los que en vano se buscan los motivos,

y cuyos autores quedan ignorados. Tan solo se sabia que hombres ennegrecida la cara con hollin, ó cubierto el rostro con un antifaz, pasaban de pronto cerca de algun ciudadano inofensivo, ó de alguna mujer que se habia retrasado, ó de algun muchacho retozon, y el niño, la mujer ó el hombre arrojaban un grito, vacilaban un segundo, y en seguida caian bañados en su sangre; á este tiempo el asesino, que no se detenía ni para robar, ni para despojar á su victima, volvía la esquina de una calle, y desaparecía.

Se habia asesinado gentes á quienes nadie conocia enemigos. No era, pues, por satisfacer venganzas.

Habian asesinado pobres ancianas á quienes quedaban muy pocos dias que pasar sobre la tierra, y á las que no se hacia sino adelantar la muerte algunos dias. Tampoco era, por tanto, por celos.

Habian asesinado, en fin, niños que pedían limosna. Tampoco era, pues, por codicia.

Y esto se reproducía todos los dias: no pasaba dia en que las calles de Liorna no estuviesen manchadas de sangre en algun sitio, ni pasaba una noche sin que la lúgubre campana de la Misericordia, sonando dos ó tres veces, no anunciase que habia un moribundo que socorrer ó un cadáver que recoger.

Entonces no se sabia qué pensar, y se confundía uno en mil incertidumbres.

El uno decía que eran los mozos de cordel de Génova, que querían arruinar el comercio del puerto de Liorna.

Decíase también que uno de los guardas de los galeotes de la mazmorra habia sido ganado, y daba libertad de noche á los forzados.

Se decía, en fin, que se habia organizado una sociedad secreta presidida por un gefe, al cual habia hecho juramento de obedecer: que se compondría de cinco ó seis

miembros, y el primer artículo de su reglamento exijía que todos los dias se derramase sangre.

Esta última conjetura era la mas inverosímil: sin embargo, era la única verdadera.

Un zapatero era el gefe de esta sociedad: se llamaba Antonio Ciolli, y vivía en la *via E'Olio*, él habia organizado esta estraña asociacion.

Las heridas eran pagadas segun su gravedad: Ciolli, que tenia alguna fortuna, y cuyo comercio era bastante estenso, y por consecuencia bastante lucrativo, era el que habia establecido la tarifa: daba cinco paulos por una herida grave, y un cequí por la muerte.

Y sin embargo, no exigía que se matase: ver correr la sangre le bastaba.

Segun los rumores populares, este horrible recreo duró diez y ocho meses.

En una noche, era el 18 de Febrero de 1840, se perpetró un homicidio; dos heridos fueron trasladados; pero aquella noche la autoridad, que velaba, cogió á uno de los asesinos; era un oficial de zapatero llamado Angiolo Ghattini: el que lo presentó era una especie de alguacil de villa ó cazador de la policía, como se llama en Liorna á este agente de la fuerza pública. Angiolo Ghattini le dió una puñalada en el lábio superior, pero como la herida del cazador Lorenzo Noveli, era leve, luchó con Ghattini á brazo partido y le tiró al suelo. Ghattini fué preso, y aquella prision trajo consigo la del resto de la compañía. Se componía de cinco afiliados: el gefe, Antonio Ciolli, despues los cómplices Ovando Mellini, Luigi Bianchini, llamado Naso, y Antonio Centini, llamado el Capuchino.

Por ver juzgar á aquellos cinco hombres acusados *di lascivia di sangue*, es decir, de *lujuria de sangre*, es por lo que se apiñaba allí la multitud.

*¡Lasciviadi sangue!* la frase es digna de Dante. ¿No es así?

Seguí á mi guía y entré en la sala. Como me lo había prometido, el señor Salvagnoli me colocó en un puesto reservado, donde estaba yo perfectamente para ver y oír todo; y como los acusados todavía no habían sido introducidos, tuve tiempo de echar una ojeada á mi alrededor: era la primera vez que entraba yo en la sala de procedimientos criminales.

Era una sala ancha que hacia muy poco se había concluido: no me pareció muy en consonancia con las escenas que iban á representar en ella: el estuco blanco de que estaba revestida por todas partes, el sol brillante que la inundaba entrando por sus anchas ventanas, los adornos verdes que la decoraban, le daban un aire de alegría que contrastaba singularmente con su terrible destino. Me acordaba de las sombrías galerías de nuestro palacio de Justicia, de los salones estensos y severos donde se reúnen nuestros jurados, y reconocí hasta en la sala donde juzgan á sus criminales el carácter tan opuesto de los pueblos del Norte y de los pueblos del Mediodía.

Al cabo de un instante los jueces del crimen, precedidos por el escribano, y seguidos del ministro fiscal, se presentaron y ocuparon sus asientos. Algunos minutos despues se abrió una puerta lateral, entraron los acusados uno detrás de otro, y fueron á sentarse acompañados de los gendarmes, á los bancos que les estaban reservados á la izquierda del presidente y enfrente del abogado general: sus defensores se sentaron delante de ellos.

Los cinco acusados eran jóvenes: ninguno tenia en su fisonomía ese aspecto de repugnante brutalidad que vamos á buscar en el asesino, y sobre todo en el asesino

no por su inclinacion: tenian, por el contrario, bastante buenas figuras, y uno de ellos, sobre todo, tenia la fisonomía marcadamente inteligente.

Su entrada causó una profunda sensacion. Ya he relatado las cosas estrañas que se contaban de ellos. Grandes murmullos corrieron por toda la reunion: tres de los acusados se volvieron y miraron sonriéndose como si tratasen de adivinar la causa de aquellos rumores.

El presidente impuso silencio: despues, concedido un instante á la curiosidad, el fiscal se levantó y leyó la acusacion siguiente, que he traducido casi literalmente.

« Un asesinato perpetrado, dos heridos y un simple insulto cometido en Liorna en la noche de 18 de Febrero de 1840, y seguidos de resistencia á la fuerza armada, resistencia de que el zapatero Angiolo Ghetini se confiesa culpable, debian escitar necesariamente un sentimiento de dolor y de inquietud entre los buenos é industriosos habitantes de aquella populosa ciudad.

« ¿Cómo, en efecto, reprimir el espanto que causa la vista de un homicidio? ¿Cómo sofocar la piedad que inspiran las victimas? ¿Cómo estar impassible cuando la seguridad de toda una poblacion está comprometida?

« Fué, pues, muy natural aquel sentimiento de desasosiego y de temor que se apoderó de toda la ciudad de Liorna, cuando al sonido de la campana que llamaba á los piadosos cofrades de la Misericordia en auxilio de los moribundos y de los heridos, se difundieron los terribles detalles de la sangrienta historia ocurrida en aquella noche fatal.

« Hé aqui los hechos que se refieren á esa noche, puesto que el *tribunal no está llamado á deliberar sino sobre esos hechos.*

« El día 18, Antonio Ciolli, despues de haber bebido como de costumbre á la comida, se fué al jardín Bicchi, especie de ventorrillo, en el cual encontró á sus compañeros habituales: allí se sentaron á una mesa y continuaron bebiendo: Ciolli solo bebió unos tres frascos, es decir, algo mas de seis botellas de vino.

« Entonces los acusados fingieron improvisar una mascarada; toman una sarten, y con lo ennegrecido por el humo se tiñeron el rostro: entonces los acusados preguntaron donde habia baile para ir á pasar el resto de la noche, y salieron del jardín Bicchi.

« Del jardín Bicchi se trasladaron los procesados á la taberna de Porta alla Mare, donde todavía bebieron algunos vasos de vino.

« En fin, entraron en el café del Cappanara, donde pidieron un bol de ponche.

« Durante esta primera correría, iban acompañados de otros cuatro de sus camaradas que habian encontrado en casa de Bicchi, y que no sospechando como terminaria la noche, les siguieron con la cara tiznada de negro, y gritando y dando voces como ellos.

« Pero entonces ya, Bastiani, Vincenti y los dos Bicchi, que eran los cuatro estraños que se habian unido á la compañía, creyeron que habia sido bastante hacer los locos con aquello, y se sepearon de Ciolli, de Ghattini, de Branchini, de Centini y de Mellini. Esta separacion tuvo lugar diez minutos, poco mas ó menos, antes que el primer esesinato se perpetrase en la persona de Lemmi.

« Al presente resulta de la instruccion:

« Que el 18 de Enero, hácia las nueve y media de la noche, Juan Lemmi, de edad de sesenta años, estando á algunos pasos de su puerta, bajo el arco que conduce al jardín Montrielli, en el barrio de Capuchinos, se vió aco-

metido por una banda de frenéticos y se sintió al punto y sucesivamente herido en cinco partes: la primera en el bajo vientre, producido por un instrumento cuadrangular y atravesando los intestinos delgados, la cual fué reconocida como mortal: la segunda en la parte superior del brazo derecho, hecha por un cuchillo; la tercera en la parte exterior del mismo brazo, penetrando hasta el periosto y con lesion de los músculos, le fué reconocida como causada, lo mismo que la segunda, por un cuchillo comun: la cuarta, que era una fractura de la sétima costilla y habia penetrado en el pulmon, era producida, como la primera, con un instrumento cuadrangular, y como aquella reputada mortal; en fin, la quinta, que penetraba en la parte superior del brazo izquierdo, con ruptura del músculo deltoides, habia sido causada por un cuchillo, y considerada como grave.

« De cuyas heridas el susodicho Lemmi murió en el hospital de Liorná á los dos dias, el 20 de enero de 1840, á las cinco de la tarde.

« Perpetrado el asesinato, los asesinos abandonaron la víctima, y continuando su camino por el barrio de los Capuchinos, llegaron á la Pirámide, donde dos de ellos se separaron de los otros tres y se dirigieron repentinamente al encuentro del llamado Juan Vanucchi, el cual conversaba con uno de sus amigos; pero viendo á otro individuo que iba á unirse á los dos primeros interlocutores, los asesinos, conociendo que seria una lucha muy desigual, puesto que eran dos contra tres, volvieron atrás, y se reunieron otra vez á sus compañeros. Juan Vanucchi ha declarado que viendo aproximarse á él dos individuos con el rostro tiznado de negro, y con intenciones tan visiblemente hostiles, hizo interiormente un voto á Nuestra Señora

de Montenero, voto que se apresuró á cumplir á la mañana siguiente á la santa imágen.

« Los asesinos abandonaron entonces el barrio de los Capuchinos, y tomaron el camino real, en direccion de la villa de Attias. Al cabo de doscientos cincuenta pasos, sobre poco mas ó menos, uno del ellos se separó de los otros cuatro, é introduciéndose en el patio de José Prataci, por sobrenombre el Factor, y habiéndole encontrado cerca de la puerta, le causó una herida en la region lumbar derecha, herida causada por un instrumento cuadrangular, que fué reconocida como grave, y que efectivamente produjo la incapacidad de trabajar por espacio de cuarenta dias, y que puso al herido durante cerca de quince dias en peligro de muerte.

« Llevados á la villa Attias, en frente de la calle de Leopoldo, en el sitio mismo en que cuando hay fiestas públicas se levanta la tribuna del soberano, estos cinco desalmados vieron á Gaëtano Carrera y se precipitaron sobre él; pero Gaëtano Carrera era un hombre vigoroso que se desembarazó del primero que le atacó de un puñetazo que le derribó por tierra, librándose los demas con la fuga.

« Algunos instantes despues, y á poca distancia del sitio donde se frustró aquella tentativa, los mismos individuos encontraron al septuagenario Mazzini, que rodearon al punto, y al que uno de ellos le causó de frente en la region inguinal derecha una herida cuadrangular, felizmente poco grave por haber tropezado el acero en un vendaje que llevaba el dicho Mazzini, á causa de una hernia que padece. Sin embargo, el golpe fué bastante violento, puesto que Mazzini cayó hácia atrás pidiendo socorro á gritos; resultó que, sea que los asesinos tuviesen miedo de que alguna patrulla acudiese á sus gritos, sea que le creyesen mas grave-

mente herido que lo que realmente estaba, no repitieron sus golpes y huyeron.

« Pero como hemos dicho ya, Mazzini no estaba sino levemente herido; se levantó y se puso á seguir á los asesinos gritando: ¡al asesino! En la calle de Leopoldo encontró una patrulla de agentes de la policia, y les mostró los fugitivos: corrieron al punto en su persecucion y alcanzaron á dos; el uno que consiguió escaparse de sus manos, el otro que intentó hacer resistencia, dando al agente Novili un golpe con un puñal en la cara. Este golpe le cortó el labio superior, pero el agente Novili no soltó al asesino, y habiéndole arrojado á tierra, le obligó á reudirse. Al caer había arrojado el asesino lejos de sí el puñal, pero se encontró: era un hierro cuadrangular, el mismo, segun todas las probabilidades, con el que habian sido hechas las dos heridas de Lemmi y la herida de Mazzini.

« El preso era Angiolo Ghattini, el cual, por consecuencia, ademas de la acusacion de homicida voluntaria, se presenta delante del tribunal con la circunstancia agravante de resistencia á mano armada á la fuerza pública. »

He qui la série de crímenes de los que, cometidos en una sola noche, eran acusados los llamados Ciolli, Ghattini, Mellini, Centini y Branchini, sin contar aquellos que la vindicta pública les achacaba hacia diez y ocho meses.

No pude seguir este proceso, ocupado en mis correas en los alrededores de Florencia; lo que supe únicamente es que los acusados habian comenzado por negar todo, pero que al fin uno de ellos, Centini, con la esperanza sin duda de que se le indultaria, se había separado de la negativa de los demas, y habia confesado todo.

Los debates no versaron, como el fiscal había prevenido al tribunal, sino sobre los hechos acaecidos en aquella noche. Estos hechos se probaron todos, y estando abolida la pena de muerte en Toscana, los cinco acusados fueron condenados á galera perpétua.

Como desde aquel momento los homicidios cotidianos cesasen en Liorna, el pueblo no dudó que, como había calculado con ese admirable instinto que ha hecho comparar su juicio al de Dios, los verdaderos culpables habían caído entre las manos de la justicia, y que aquella *lascivia di sangue*, de que habían dado tan crueles pruebas en la noche del 18 de enero, no se había limitado á aquellos cuatro asesinatos.

Entonces el pueblo, después del procedimiento judicial, hizo su instrucción por sí mismo, y descubrió cosas horrorosas. Citaremos tan solo dos hechos, los cuales tienen en Liorna fuerza de pasados en autoridad de cosa juzgada.

Ciolti estaba casado y parecía amar estremadamente á su mujer. Sin embargo, como aquella sed de sangre que se había apoderado de él era el primero de sus amores, una noche que los conjurados, sea por temor, sea por cansancio, no habían vertido la sangre diaria, se convinieron en que por no quebrantar el juramento, se haría una herida leve á la mujer de Ciolti: aquel á quien le tocaba por turno herir, porque aquellos hombres tenían cada uno su día, fué á ocultarse al extremo de la calle, y Ciolti envió á su mujer á buscar á la botica una onza de aceite de ricino, de que tenía necesidad, la dijo, para purgarse á la mañana siguiente. La mujer salió sin desconfianza alguna: un instante después la volvieron á traer desmayada y bañada en su sangre: la herida, que interesaba el mollar del muslo,

no ofrecía ningun peligro. Pero la pobre mujer había tenido tanto miedo, que se había creído muerta. Detrás de ella, entró el que la había herido, y ayudó á Ciolti y sus otros compañeros á llevar los socorros necesarios para curar la herida. A media noche estos cinco hombres se separaron satisfechos: gracias al expediente encontrado por Ciolti, no habían perdido el día.

Acaso aquella idea reconociese otra causa, y Ciolti haciendo herir á su propia mujer, quiso alejar de él las sospechas.

La compañía se aumentó sucesivamente: al principio se componía de dos asociados, después de tres, luego de cuatro, y por último de cinco. El día que fué recibido el quinto asociado, se había decidido que en aquella misma noche, debía una garantía de lealtad á sus compañeros hiriendo á la primer persona que se encontrasen al salir. La noche era sombría, el asesino no estaba todavía muy ducho en el oficio: salió, y viendo venir un hombre hácia él le hirió volviendo la cabeza, y sin saber que le hería. El golpe no fué menos mortal, el hombre espiró á la mañana siguiente.

Era su padre.

Hé aquí, no lo que resulta del procedimiento, lo repito, porque el procedimiento, como se ha visto, sin duda con el temor de descubrir demasiados horrores, no versa sino sobre los hechos acaecidos durante la noche de 18 de enero de 1840, pero eso es lo que se cuenta en Liorna: así la exasperación contra los acusados era tal, que cuando se les condujo para sufrir la esposición sobre el teatro mismo de los crímenes que ellos habían cometido, fué preciso los custodiara una guardia cuatro veces mas numerosa que la de costumbre: el pueblo quería hacerlos pedazos.

Ademas, concluida la esposición, no se atrevieron á

dejar aquellos hombres en Liorna, y se les envió al presidio de Porto-Ferraio, donde están hoy, y donde los volví á ver vestidos con la casaca amarilla de los condenados por vida, y llevando en la espalda esta terrible leyenda :

Lascivia di sangue.

En Francia, un abogado no hubiera dejado de honrar la literatura moderna, por la pérdida de aquellos honrados ciudadanos, que hubiesen, sin duda alguna, sido el ornamento y el ejemplo de la sociedad, si no hubieran leído las novelas de Mr. Victor Hugo, y visto representar los dramas de Mr. Alejandro Dumas.

Yo contaría la historia de un esbirro que mató á su mujer, y que para hacer desaparecer el cadáver, lo salió é hizo comer á sus hijos. No quiero rehabilitar á Lacenaire.

IX

### HIPÓLITO Y DIANORA

Si pasais en Florencia por delante de una iglesia pequeña, llamada la iglesia de Santa Maria sobre el Arno, y situada en la *via dei Bardi*, reparareis sin duda en su escudo colocado entre dos libros, y representando las armas del pueblo florentino, acompañadas de esta divisa enigmática : *Fuccio mi feci*. Si preguntais entonces quién ha hecho edificar esa iglesia, y qué significa esta divisa, se os responderá que esa iglesia fué edificada por Hipólito de Buondelmonte, y se os contará la siguiente leyenda en esplicacion de la divisa.

Hácia 1225, es decir, en la época en que los primeros ódios gúelfos y gibelinos reinaban en toda su fuerza,

existían en Florencia dos familias, que se habian jurado un ódio mortal: eran los Buondelmonte, y los Bardi.

Pero como ya se sabe, en medio de todos estos ódios de familia que dividen á los padres, sucede siempre que algun amor secreto se desliza entre los hijos, semejante á la paloma del Arca, trayendo el ramo de olivo. Piramo y Thisbe eran vecinos y se conocian desde la infancia. Romeo y Julieta se encontraron en un baile, y el mismo dia juraron amarse toda la vida, ser el uno del otro, ó morir juntos. — Piramo y Thisbe, Romeo y Julieta cumplieron la palabra dada: se amaron toda la vida, murieron el uno con el otro, y, lo que es mas todavía, el uno para el otro.

Hipólito y Dianora se encontraron una mañana en el Baptisterio de San Juan. — El jóven desde la via Rondinelli, siguió á aquella jovencita, cuyo andar tenia cierta elegancia aristocrática: entró ella en el Baptisterio, y él detrás de ella; levanta su velo para tomar agua bendita, Hipólito la vé, ella vé á Hipólito, y no hubo mas que hacer. Los jóvenes leyeron mutuamente en sus ojos los sentimientos que experimentaban, y no pudieron decirse mas que dos palabras, sus dos nombres. El dia en que se habian encontrado era el 13 de enero, que se llama en Florencia el dia del perdon.

Desde este momento, Hipólito no pensó mas que en volver á ver á la que amaba: pasaba y repasaba sin cesar bajo sus ventanas; por todas partes por donde ella iba, allí estaba el jóven; nada agotaba su paciencia, sea que debiera precederla, ó esperarla horas enteras para verla un segundo; y esto sin otra recompensa muchas veces que una seña, una mirada, ó una palabra; porque Dianora pertenecía á una familia de costumbres severas, y estaba rigurosamente vigilada.

Un dia la dueña de Dianora se apercibió de lo que pasaba entre los dos amantes: previno al padre de la jóven, y Dianora recibió la órden de no salir de casa. Entonces, despues de las esperanzas, despues de los sueños dorados, vinieron los verdaderos dolores del amor. Durante algun tiempo todavía, Hipólito ignoró su desgracia: creyó que una ausencia momentánea, que una indisposicion repentina, le alejaba de Dianora. Continuó pasando bajo su ventana, yendo donde esperaba encontrarla, pero fué inútil: no pudo volverla á ver.

Pasáronse los dias y las noches; los dias recorriendo las iglesias; las noches esperando oculto tras una pared, el instante en que se abriera una de las ventanas de aquel inexorable palacio Bardi. En fin, una noche, una mano pasó entre las barras de la celosia, y un billete cayó á los pies de Hipólito. Corrió á una luz que alumbraba delante de una Virgen y no dudando que aquel billete vendria de Dianora, lo besó y volvió á besar veinte veces: de tal modo latia su corazon, sus ojos se habian oscurecido de tal manera por el vértigo, que le costó gran trabajo al principio descifrar lo que contenia. Al fin leyó lo que sigue:

« Mi padre sabe que nos amamos; me ha prohibido volvernos á ver. Adios para siempre. »

Hipólito creyó que iba á morir: volvió al palacio Bardi y quedó allí hasta el dia bajo las ventanas de Dianora esperando que la celosia se volviese á abrir; la celosia permaneció cerrada. Vino el dia y forzoso le fué á Hipólito volverse á su casa.

Pasáronse otras cinco ó seis noches siempre aguardando y siempre seguidas del mismo desengaño. Hipólito estaba cada vez mas y mas sombrío: respondia apenas á las preguntas que se le dirigian, y aun á su misma madre rechazaba. En fin, no pudo soportar aquel pro-

longado sufrimiento: le faltaron las fuerzas y cayó enfermo.

Llamaron los mejores médicos de Florencia, pero nadie pudo adivinar la causa de los padecimientos de Hipólito. A todas las preguntas que le dirigian, contestaba moviendo la cabeza y sonriendo tristemente. Los médicos reconocieron únicamente que era presa de una fiebre ardiente, y que si no se llegaban á detener sus progresos, en breves dias le habria devorado.

La madre de Hipólito no se separó de él: siempre fijos sus ojos sobre él, y la boca entreabierta por una continua interrogacion suplicaba á su hijo la revelase la causa de su mal. Porque con esa sagacidad de instinto que poseen las mujeres, conocia muy bien que aquella enfermedad no era una simple afeccion fisica, y que habia en el fondo de ella algun grande dolor moral. Hipólito se callaba; pero la fiebre produjo bien pronto el delirio, y en el delirio habló. La madre de Hipólito supo todo: supo que su hijo amaba á Dianora; con ese amor que da la muerte cuando no da la felicidad. Anonadada abandonó la cabecera del enfermo. La pobre mujer sabia que no habia nada que esperar del padre de Dianora: conocia aquel odio profundo que dividia á las dos familias, sabia el implacable encono de los partidos políticos. No pensó ni aun en dirigirse á su marido; corrió á casa de una amiga que lo era de las dos casas rivales. Esta amiga que se llamaba Contessa del Bardi, habitaba en una casa de campo á media milla de Florencia llamada la Villa-Monticelli.

Contessa comprendió todo: las mujeres, frecuentemente tan implacables en sus propios odios, tienen siempre un lugar en el corazon abierto para compadecerse del amor cuando presencian un tormento en los

demas. Prometió á la pobre madre desolada que Hipólito y Dianora se volverian á ver.

La madre de Hipólito volvió al palacio Buondelmonte. Su hijo continuaba postrado en el lecho del dolor, cerrados sus ojos por el abatimiento y su boca abierta por el delirio. El médico estaba inclinado sobre su cabecera y meneaba la cabeza como un hombre que no tiene ya esperanza, la madre sonrió. Despues, cuando el médico salió volvió á ocupar su sitio. Se inclinó á su vez sobre el lecho de su hijo, despues, besando su frente cubierta de un helado sudor.

— Hipólito, le dijo á media voz, volverás á ver á Dianora.

El jóven abrió sus ojos estraviados y febriles, miró á su madre con ese aire inquieto del reo al cual se le anuncia su perdon en el momento en que pone el pie sobre el primer escalon del patíbulo; despues, arrojando sus brazos alrededor del cuello de la pobre mujer:

— ¡Oh madre mia, madre mia! exclamó: ¡mirad lo que me decís!

— Te digo la verdad, hijo mio; tú amas á Dianora, ¿no es así?

— ¡Oh! ¡sí, la amo, madre mia!

— ¿Te has creído separado para siempre de ella?

— ¡Ay! lo estoy.

— ¿Y es por eso por lo que quieres morir?

Hipólito ahogó un sollozo estrechando á su madre contra su corazon.

— Pues bien, no morirás, dijo la madre; volverás á ver á Dianora, y si ella te ama, aun puedes ser feliz.

Hipólito no tuvo fuerza para responder; se deshizo en lágrimas. Su corazon, tan largo tiempo oprimido por el dolor, parecia hacerse pedazos al contacto de la alegría; despues se hizo decir todo, repetir todo, volverle á decir

todo, aun no cansándose de oír aquellas dulces palabras, bebiendo la esperanza que le derramaba su madre como la flor marchita bebe la brisa de la noche, como la tierra seca bebe el rocío de la mañana.

En fin, se incorporó sobre su cama, miró á su madre y como si no pudiera creer tanta felicidad :

— ¿Y cuando la volveré á ver? preguntó.

— Cuando estés bastante fuerte para ir hasta la villa Monticelli, respondió su madre.

— ¡Oh, madre mia! exclamó Hipólito, en este instante mismo.

Y probó á levantarse, mas era para él un esfuerzo excesivo : volvió á caer desfallecido sobre su cama. La pobre madre se dejó caer de rodillas, y rogó tanto, que él tuvo paciencia y pareció calmarse.

A la mañana siguiente, el médico, que venia con el temor de ver á Hipólito moribundo, le halló sin fiebre, el buen hombre no comprendia nada de aquello, y dijo que Dios habia hecho un milagro, y que únicamente á Dios debía darse gracias. La madre de Hipólito dió gracias á Dios porque era un corazon religioso que hacia depender todas las cosas del Señor; mas bien sabia ella de donde venia el milagro y cómo se habia verificado.

Las fuerzas le volvieron á Hipólito, si bien muy lentamente para su impaciencia; sin embargo, á la mañana siguiente se levantó, y tres dias despues se hallaba bastante fuerte para salir.

Al mismo tiempo se anunció por la ciudad una gran fiesta en la villa Monticelli; todos los Bardi, que eran de la misma familia que la dueña de la casa, habian sido invitados á ella; pero como es de suponer, por temor de algun suceso desagradable, ninguna familia güelfa debia hallarse en aquella reunion, y sobre todo ningun Buon-

delmonte, puesto que los Buondelmonte eran los gefes del partido güelfo.

Dianora dei Bardi habia rehusado desde un principio asistir á aquella reunion, porque tambien estaba débil y doliente. Pero su prima Contessa habia insistido, y habia prometido á Dianora que la guardaba para aquella fiesta una sorpresa que la llenaria de alegría, y Dianora, haciendo un movimiento con la cabeza en señal de duda, habia aceptado. Dianora se habia adornado á propósito; porque si el corazon de la mujer puede estar triste, es preciso siempre que su rostro esté bello. Fué, pues, á la villa Monticelli. La fiesta estaba brillante. Todas las casas grandes gibelinas se habian reunido en la villa Monticelli. Dianora aguardó largo tiempo á ver la sorpresa anunciada. En fin, no descubriéndola, preguntó á su prima cuál era, pues, aquella sorpresa que debia causarla tanta alegría.

Contessa la hizo señal de que la siguiera, la guió por una larga galería y la hizo entrar en un cuarto inmediato á la capilla. En seguida, habiéndola dicho aguardase un instante cerró la puerta y se alejó. Habia en este cuarto dos puertas: la una que daba á un gabinete, y la otra á la capilla. Al cabo de un instante Dianora oyó un ligero ruido, volvió la cabeza del lado de donde venia aquel ruido, la puerta del gabinete se abrió y apareció Hipólito.

La primera sensacion de Dianora fué el espanto; arrojó un grito y quiso huir. Pero la puerta estaba cerrada con llave; volviéndose entonces vió á Hipólito de rodillas, tan pálido y suplicante, que á su pesar le tendió la mano. Hipólito se precipitó sobre aquella mano tan querida, la estrechó contra su corazon, la besó y volvió á besar cien veces. Despues los jóvenes murmuraron esas palabras de amor sin resultado y sin razon pero que di-

cen tantas cosas; en fin, cayeron en los brazos el uno del otro. En aquel momento se abrió la puerta de la capilla: era el capellan que entraba por casualidad en aquella habitacion para guardar en ella las llaves del sagrario. Los dos jóvenes, que no aguardaban esta aparicion, vieron en el sacerdote un enviado del cielo, y cayeron á sus pies.

La capilla estaba allí; el capellan les habia sorprendido en los brazos el uno del otro; el ministro de Dios conocia los odios que separaban las dos familias; creyó que era una puerta de reconciliacion que la Providencia abria á los padres por la mano de los hijos; y cuando le rogaron les viiese, no tuvo valor para rehusar. Unicamente los dos jóvenes prometieron no revelar su nombre sino en el último extremo: los odios entre los Buondelmonte y los Bardi estaban tan enconados todavía, que el pobre capellan podia pagar su condescendencia con alguna puñalada. Todo el mundo debía, pues, ignorar este matrimonio, aun la madre de Hipólito, aun la misma prima de Dianora. Este juramente fué hecho sobre el Evangelio. Despues de unidos los dos jóvenes el sacerdote desapareció.

Entonces los dos nuevos esposos arreglaron entre sí el modo de verse todas las noches. La casa que ocupaba Dianora estaba situada en una de las calles mas estraviadas y desiertas de Florencia; su habitacion daba sobre aquella calle; colgaria un cordoncito de seda en su ventana: Hipólito ataria á él una escala de cuerda: Dianora fijaria esta escala en la ventana, y por este medio el marido llegaria hasta su mujer.

Acababan de ser tomadas estas medidas, cuando volvió Contessa: Hipólito habia oído pasos que se aproximaban, y se habia vuelto á entrar en su gabinete. Contessa encontró, pues, á Dianora sola; pero no tuvo

necesidad de interrogarla para saber si habia vuelto á ver á Hipólito. Dianora se arrojó ruborizada en sus brazos murmurando á su oído:

— Gracias, gracias.

Despues volvió á entrar en la sala de baile, estremeciéndose de temor y radiante de felicidad á un tiempo.

La noche del dia siguiente, era la noche de la boda; habia para Hipólito una profunda felicidad en este misterioso matrimonio. Estaba bien seguro de que se le amaba, puesto que por él se esponia Dianora á todas las consecuencias de un paso semejante; la joven habia sacrificado todo por Hipólito é Hipólito conocia que estaba pronto por su parte á sacrificarla su vida. El joven Buondelmonte aguardaba con impaciencia aquella noche en la que mientras que todo el mundo ignoraba su felicidad, seria dichoso con la bienaventuranza de los ángeles. Desde por la mañana compró una escala de cuerda; todo el dia estuvo mirando y besando aquella escala que á la noche debía conducirle al paraíso. Por fin llegada la noche aguardó con una estrema impaciencia á que diesen las once: era la hora convenida; á las once y algunos minutos, Dianora debía abrir su ventana.

Hipólito atravesó el Ponte-Vecchio y se entró en la vía dei Bardi. La calle estaba sombría y desierta; ni un alma viviente turbaba la soledad de la calle, y el único ruido de los pasos de Hipólito que tocaba suavemente á la tierra, se oia muy poquito en el silencio de la noche. El joven llegó bajo la ventana; por mas que se hubiese adelantado á la hora, Dianora le aguardaba hacia largo tiempo; el cordon de seda descendió al punto agitándose y revelando asi la agitacion de la que lo tenia. Hipólito ató á él su escala: Dianora fijó la escala en su ventana. Mas apenas Hipólito habia puesto el pie sobre

el primer travesaño, cuando una patrulla del Bargello apareció: viendo á un hombre que se disponia á escalar una ventana, le gritaron:

— ¡Quién vive!

Hipólito saltó á tierra, arrancó prontamente la escala de cuerda del clavo, al cual estaba enganchada, y huyó hácia el Ponte-Vecchio. Desgraciadamente á la mitad del camino encontró otra patrulla que le obligó á volver atrás; se ocultó entonces bajo un arco que hacia parte del palacio Bardi; pero cogido entre las dos patrullas que avanzaron simultáneamente hácia el sitio donde habia desaparecido, fué descubierto y arrestado.

Florenzia no era entonces la Florenzia del siglo xvi, que durante cien años los Médicis habian formado bajo la corrupcion y la tiranía; era la Florenzia antigua, pura y severa como Roma en los tiempos de las Lucrecias y de las Cornelias. Hipólito en lugar de ser puesto en libertad, como le hubiese sucedido en los tiempos de Lorenzo de Médicis ó del duque Alejandro, fué conducido ante el podestá. Allí se vió precisado á declarar lo que hacia por la ciudad, á aquella hora avanzada de la noche, y con qué fin estaba provisto de aquella escala de cuerda, con la que se le habia visto tratando de escalar una ventana del palacio Bardi. Hipólito respondió que existia en el palacio Bardi un pedazo de la verdadera cruz dado á los antepasados del jefe de la casa actual por el emperador Carlo Magno. Como él atribuía á este santo talisman la superioridad que habian alcanzado los Bardi sobre los Buondelmonte en muchos encuentros, habia querido, segun dijo, apoderarse de aquel palladium.

— ¿Es, pues, por robar, por lo que queriais penetrar en el palacio? preguntó el podestá.

— Sí, respondió Hipólito inclinando la cabeza en señal de una doble confesion.

— ¡Pero es imposible! exclamó el podestá,

— Así es, dijo Hipólito.

— ¿Pero, comprendeis á lo que os esponéis por esa confesion?

— Sí, respondió Hipólito sonriendo tristemente; sí, lo sé; en Florenzia se castiga al ladron con la pena de muerte.

— ¿Y persistis?

— Persisto.

— Llevad al reo, dijo el podestá. Y los guardias que habian detenido á Hipólito le condujeron á una prision.

El proceso de Hipólito se instruyó bien pronto con grande admiracion de toda la ciudad: no se podia creer que nunca este bueno y noble jóven, de quien todos conocian la lealtad se hubiese dejado arrastrar á una accion deshonorosa; pero era preciso que los mas incrédulos despreciasen su incredulidad, cuando verificándose la vista Hipólito de Buondelmonte repitió en presencia de todos lo que habia ya dicho al podestá; es decir, que habia querido introducirse en el palacio de los Bardi para apoderarse del precioso pedazo de la verdadera cruz. Una cosa semejante únicamente habia sucedido hacia mucho tiempo en Roma; una mujer por un sentimiento de fe mal entendida, habia robado el milagroso Bambino de la Iglesia de Ara Celi. El deseo de asegurar la victoria á su familia podia servir de motivo plausible á la tentativa de Hipólito, sobre todo, en aquellos tiempos de odio exaltado y de arraigadas creencias. Así que comenzó á creerse en Florenzia que efectivamente Hipólito de Buondelmonte habia intentado cometer aquel robo. Como por otra parte, en lugar de negar afirmaba,

como todas las preguntas del juez hallaban en sus lábios la misma respuesta, fué preciso que los jueces le sentenciase. Hipólito de Buondelmonte fué condenado á muerte. Por mas que todo el mundo conociese el testo de la ley, la sensacion fué profunda. Se esperaba que los jueces tuvieran consideracion con el acusado. Los jueces vacilaron en efecto un instante; pero delante de las afirmaciones del procesado, no pudieron hacer otra cosa que condenarlo. En efecto, si absolvian; ¿cómo aplicar la misma pena en el porvenir, por ejemplo, contra un verdadero ladron que negara?

Se creyó que Hipólito haria alguna revelacion al sacerdote encargado de prepararle á la muerte, pero no le dijo nada, sino que era un grande pecador y que le suplicaba orase por él.

Su madre habia solicitado verle : aquella pobre mujer en su desesperacion habia asegurado siempre que su hijo no era culpable, y que si le volvia á ver sabria arrancarle su secreto del corazon. Pero Hipólito desconfiaba de su debilidad filial, é hizo contestar á su madre que se volverian á ver en el cielo.

Hipólito no pidió sino una sola cosa; y era que, como la muerte de los ladrones era infame, permitiese la señoría que su cabeza fuese cortada en vez de ser ahorcado. La señoría concedió al condenado este último favor.

La víspera del dia en que debia ser ejecutado, le notificaron la nueva fatal á las diez de la noche. Dió gracias al escribano que habia venido á anunciarsela, y como detrás del escribano viese á un hombre mas alto que él y vestido la mitad de color rojo y la mitad negro, preguntó quien era aquel hombre : se le dijo que era el verdugo. Entonces desprendió de su cuello una cadena de oro y se la dió, dándole gracias de que cortándole la

cabeza con su espada le salvase de la infamia. Despues oró y se durmió.

A la mañana siguiente habiéndose despertado Hipólito, llamó al carcelero y le rogó fuese á casa del podestá para implorar de él una gracia; que el fúnebre acompañamiento pasase por la casa de los Bardi. El pretexto que alegaba Hipólito era el deseo que tenia de aprovechar los últimos instantes que le quedaban de vida para perdonar á sus enemigos y recibir su perdon. El verdadero motivo que tenia, era que queria ver á Dianora todavia una vez antes de morir. Las circunstancias en las cuales Hipólito presentaba esta demanda, eran demasiado graves para que se le negase. Hipólito obtuvo el permiso de pasar por delante de la casa de los Bardi.

A las siete de la mañana se puso el cortejo en marcha : el gentío se agolpaba en las calles que el reo debia atravesar : la plaza en que estaba levantado el cadalso rebosaba de gente desde la víspera por lo noche. Los demas barrios de Florencia parecian un desierto.

Atravesó la comitiva el Ponte-Vecchio, que crugia sobre el Arno, tan lleno de gente estaba, puesto que se encontraba en la direccion de la via dei Bardi. Los guardias marchaban delante para abrir el paso : iba en seguida el verdugo con su espada desnuda al hombro : despues Hipólito vestido de negro, la cabeza y el cuello descubiertos, marchaba con entereza, pero sin orgullo; con paso lento, pero firme, y volviéndose de tiempo en tiempo para dirigir la palabra á su confesor. Detrás de Hipólito iban los penitentes llevando el atahud en el cual, despues de la ejecucion, debia ser depositado su cuerpo.

Todos los miembros de la familia de los Bardi se hallaban reunidos delante del umbral de la puerta de su

palacio para recibir el perdón de Buondelmonte, y para volverle á su vez las palabras de paz que debían recibir de él. Dianora, vestida de negro como una viuda, estaba entre su padre y su madre. Cuando el reo se aproximó, todos los Bardi se inclinaron de rodillas. Dianora quedó sola de pie, pálida é inmóvil como una estatua.

Llegado delante de la casa, se detuvo Buondelmonte, y con una voz dulce y tranquila, dijo el *Pater*, y despues *Padre nuestro que estás en los cielos, hasta y perdónanos nuestras ofensas, así como nosotros las perdonamos á los que nos han ofendido*. Los Bardi respondieron *Amen*, y se volvieron á levantar. Buondelmonte entonces se arrodilló á su vez. Pero en este momento Dianora se separa de su padre y de su madre, y va á arrodillarse junto á Buondelmonte.

— ¿Qué haces, hija mía? exclamaron á un mismo tiempo el padre y la madre de Dianora.

— Aguardo vuestro perdón, dijo la jóven.

— ¿Y de qué te hemos de perdonar? preguntaron sus padres.

— De haber elegido esposo en la familia de nuestros enemigos: Buondelmonte es mi esposo.

Todos los circunstantes arrojaron un grito de admiración.

— Sí, continuó Dianora levantando la voz; sí, y oiganlo todos los que están presentes: Hipólito no ha cometido otro crimen que el de que yo he sido cómplice. Cuando fué sorprendido subiendo á mi ventana, era de acuerdo conmigo. El iba á reunirse con su mujer, y yo esperaba á mi esposo. Ahora ¿somos culpables? hacednos morir juntos: ¿somos inocentes? pues perdonadnos á los dos.

Todo estaba esplicado: Hipólito había preferido fingirse reo de un crimen vergonzoso y morir sobre el

cadalso, á comprometer á Dianora. Diez mil voces pidieron á la vez gracia para ellos. El gentío avanzó sobre los dos jóvenes, dispersó á los soldados, espulsó de allí al verdugo é hizo pedazos al atahud: despues, cogiendo en sus brazos á Hipólito y Dianora, los llevaron en triunfo á casa del podestá, donde se hallaba la pobre madre solicitando todavía el perdón de su hijo.

No hay necesidad de decir que al instante mismo se revocó la sentencia.

Estando reunida la señoría, envió dos de sus miembros á los Bardi y á los Buondelmonte para rogarles en nombre de la república, se reconciasen y consintiesen en la felicidad de los dos jóvenes como prenda de reconciliación. Por grandes enemigos que fuesen los Buondelmonte y los Bardi, no pudieron negarse á la república, que rogaba cuando tenía el derecho de mandar. Así se extinguieron, por algun tiempo á lo menos, los odios que dividían á las dos familias. En memoria de este suceso, fué por lo que Hipólito de Buondelmonte hizo edificar la pequeña iglesia de Santa María-sopr'Arno.